



TRANSFORMA MI VIDA

TRANSFORMA MI VIDA

Si quieres escucharlo o leerlo, visita nuestra página web:
(El audio es grabado por Jorge Lapuente)

www.eresbautizado.com

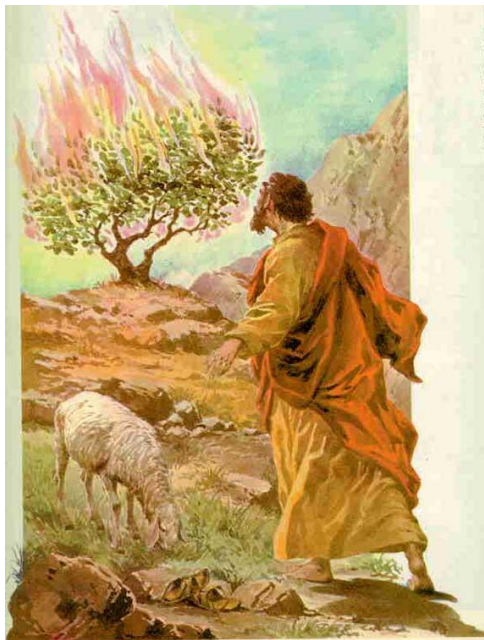
<https://www.facebook.com/eresbautizado>

Primera Edición

Marzo 2016

5,000 Ejemplares

TRANSFORMA MI VIDA



¡Qué hermoso este pasaje del Evangelio! Cuando Moisés se encuentra en el desierto con una zarza, un matorral que ardía sin consumirse. Desde esa zarza ardiendo, Dios le habla a Moisés y se le manifiesta:

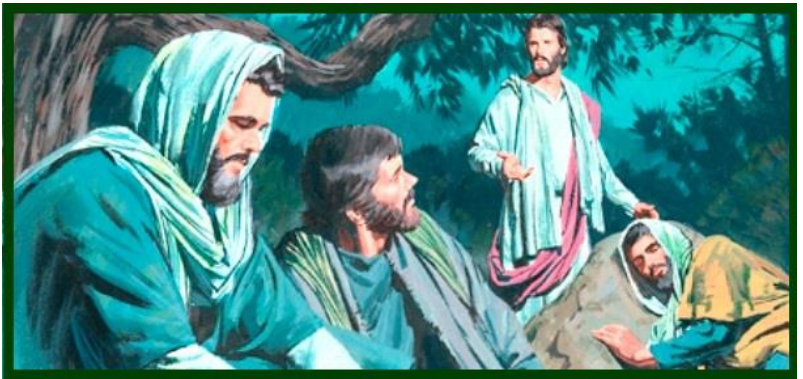
“Yo soy el que está presente en la historia de mi pueblo”

Esa zarza ardiente es Cristo, es la humanidad de Jesús quien precisamente en este pasaje de Transfiguración, descubre esa presencia de la



Divinidad en su Cuerpo, en su humanidad, mostrando que está lleno de esa divinidad, sin consumirse.

Hay que comprender, que la Presencia Eucarística, de la Hostia Consagrada nunca se consume; contiene la Divinidad y contiene a Cristo. El Señor, que está cerca de su Pasión y quiere fortalecer la Fe de sus Apóstoles con esta Transfiguración, la cual, en realidad Cristo poseía la Divinidad, Él sabe que en su Cuerpo habita plenamente la Divinidad, pero, en este pasaje, Él invita a Pedro, a Santiago y a Juan a subir a la montaña al encuentro con Dios. Ahí se transfiguran los sentidos de los



Apóstoles, ahí se dan cuenta de que están delante de Jesús al que están acostumbrados a ver y que ahora les demuestra su Divinidad.

“Qué a gusto se está aquí, ya no volvemos a bajo, hagamos tres tiendas, una para Moisés, una para Elías y otra para Ti, nosotros no es necesario, nosotros estamos felices aquí en la contemplación de esta Humanidad de Jesús, en donde se transparenta su Divinidad”. Esa Transfiguración es la que se realiza también en nosotros, somos creaturas con vida, somos hombres habitados por la Gracia de



ese Cuerpo de Cristo, que en un momento dado se manifiesta en toda su Belleza, porque la Divinidad lo invade. Hace que todo se ilumine, que todo a su

alrededor sea belleza, armonía y paz. Esto que se realizó en el Cuerpo de Jesús, lo va a realizar en nosotros y comienza a realizarse ya en este mundo.

Cuando los Santos tienen un encuentro con Dios, una Experiencia de Dios, su rostro se transfigura, manifiestan una belleza, una paz, una armonía



perfecta ante la
Presencia de Dios lo
acabamos de
comprobar con la
presencia del Papa
Francisco.

Y eso mismo viviremos nosotros cuando tratemos de agradar a Dios, creyendo en Él, teniendo confianza en su Palabra. La Fe, es la forma de poseer, ya desde ahora, lo que se espera y de conocer la realidades que no se ven.

Nos dice el Evangelio, que se escucha la Voz del Padre, “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco”, todo mi Amor está puesto en Él, toda mi Complacencia, toda mi Felicidad infinita, todo está puesto en Jesús que es mi Hijo. ¡Escúchenlo!

Al final del Pasaje se nos dice: que los Apóstoles después de escuchar la Voz del Padre, ya no vieron a nadie, sino a Jesús volviendo a la realidad terrenal,

pero quedaron marcados con esta experiencia inolvidable.

DE LUZ EN LUZ, DE CLARIDAD EN CLARIDAD SUBIENDO A LA CASA DEL PADRE



Tanto los textos de la Sagrada Escritura, como las experiencias de los amigos de Dios, que nos describen su feliz encuentro con la Divinidad, todos ellos nos refieren llenos de gozo espiritual cómo el encuentro con la Trascendencia de Dios se ha realizado en una atmósfera de deslumbrante luminosidad que les ha cambiado la existencia y los ha invadido de esa indecible experiencia de Dios.

El evangelista San Juan, tanto en su Evangelio como en sus epístolas, insistentemente recalca, que Dios habita en la Luz, que Él es la fuente inagotable de toda Luz, que sus vestiduras irradian luz, y que ha

venido al mundo para comunicarles a los hombres esa divina claridad y destruir en ellos toda presencia de gravosa oscuridad y toda tiniebla que separe al hombre de la presencia luminosa de la divinidad.



Desde el día de su nacimiento, los ángeles, en las alturas, en medio de una muchedumbre de cantos jubilosos y de cielos saturados de estrellas de luz, anunciaban a los hombres, que ya

había nacido la Luz Salvadora de Dios.

Y LOS CIELOS Y LA TIERRA SE ILUMINARON CON LA CLARIDAD DE DIOS.

VIVIR EN COMPAÑÍA DE DIOS ES GOZAR DE SU LUZ BIENHECHORA

Dios es la verdadera Luz, aquella Luz, que nos penetra hasta lo más profundo de nuestra alma, aquella claridad que viene a colmarnos de santa paz los repliegues más profundos de nuestra vida.

Dios es Luz, que con su omnipotencia misericordiosa nos limpia de todas nuestras manchas y destruye las hirientes y dolorosas oscuridades de nuestros pecados.

Dios es la Luz, que con su ternura y compasión nos consuela en nuestras penas y nos ofrece la adecuada comprensión para que comprendamos rectamente el misterio insondable de nuestra vida.

Dios, es la Luz misericordiosa de la presencia de su bondad adecuándose a las necesidades materiales y espirituales de nuestra vida.

VIVAMOS GOSOSOS APOYANDONOS EN LA PROMESA DE CRISTO QUE NOS OFRECIO LA PRESENCIA DE SU DIVINO ESPÍRITU, QUE NOS AUXILIARIA EN CADA PASO DE NUESTRA ASCENCIÓN A LOS CIELOS.

La fe es la Luz sobrenatural, que nos hace ver correctamente, con los ojos del Espíritu, todo este mundo de realidades espirituales, que vienen a esclarecer nuestra vida.

Tal es la excelencia de nuestra fe, tal será la claridad, el gozo y la perfección, con la que Dios nos permitirá contemplar el Misterio de su Misericordia en nuestra vida.

Cristo y la Virgen María son un perfecto modelo de lo que significa vivir en la luminosidad del Misterio de Dios, gozando, maravillosamente de todas aquellas gracias con las que su omnipotencia los favorecía.

Contemplar a Dios con los ojos de la fe en esta vida, es dejar que la caridad de Dios nos prepare para contemplarlo y gozarlo por toda una eternidad.

El Espíritu Santo, Luz divina, que nos ilumina el Misterio de Dios y nos hace gozar de los consuelos celestiales.



Cristo es la Luz, enviada por Dios Padre para iluminar al hombre y destruir el reino de la tiniebla y del pecado.

Cristo, el Verbo Encarnado, es un testimonio viviente de esta divina Luz que resplandece en

las tinieblas ofreciendo la salvación al hombre.

Cristo es proclamado como la verdadera Luz, de ahí que sus palabras sean un mensaje luminoso que salva, que comunica paz y que consuela todos los sufrimientos y dolor que pueda existir en la existencia de los hombres.

Cristo mismo lo proclamó: Yo soy la Luz del mundo y el que camine al amparo de mí Luz poseerá la vida eterna.

Vivir la Doctrina de Cristo es gozar de su claridad, colmarse de su Luz y disfrutar de sus consuelos celestiales.

Cristo antes de subir a los cielos nos dejó la presencia transformante de su Espíritu Santo para que nos ilumine el Mensaje de Salvación que nos ha comunicado de parte de Dios Padre, pero que toca ahora al Espíritu Santo explicarlo y ayudarnos a vivirlo.

**SER CRISTIANO, ES UN COMPROMISO A DIFUNDIR LA LUZ
RECIBIDA**

Desde el momento de nuestro bautismo, el sacerdote, en nombre de Dios y de la Iglesia nos dio un cirio encendido, diciéndonos que nos entregaba la misión que Cristo recibió: comunicar al hombre la luz divina, hacer de su vida una antorcha que irradiara la presencia de Dios entre los hombres.



Para el cristiano esparcir la Luz de Dios, incendiar el corazón de los hombres en el fuego de la divina caridad, es una

llama, que brota espontáneamente desde lo más profundo de su ser, y que, como un eco de aquel grito de Cristo, viene a entusiasmar su vida: “He venido a traer fuego y estoy ansioso porque esta divina luminosidad se propague estableciendo el Reino de Dios en el corazón de los hombres.”

El fuego luminoso de Pentecostés, el Espíritu Santo lo continúa difundiendo por medio de aquellos cristianos que se dejan poseer, abrazar, modelar y caldear por el fuego transformante de la omnipotencia del Espíritu Santo.

ESPÍRITU SANTO QUE ERES FUEGO INCANDESCENTE Y DIVINA LUZ... ¡VEN, TOMA MI VIDA Y TRANSFORMALA EN LA HOGUERA DE TU INFINITA CARIDAD!

ORACIÓN

Señor, realiza esta Transformación en mi vida, transforma mi fe, transfigura mi corazón para que me estase de tu Presencia ya en este mundo y comience a saborear lo que será mi cielo; y desde ahora, también pueda yo cantar esa alabanza eterna, y contemplar la belleza que realizas en mí, porque Tú, todo lo que tocas lo haces bello y pacificas lo que miras.

Es tu Belleza de Dios en la Eucaristía, la que nos salva. Señor, cuando le preguntas al ciego ¿Qué quieres? Él contestó: Que vea que Yo descubra Tú presencia.

Señor, haz, que experimente mi fe, se afirme, para que valore tu Amor y para que sienta tu Presencia en mi vida.

